

## XXX Domingo del tiempo ordinario - ¿Cómo amar a alguien que ni siquiera vemos?

Siempre tan predecibles nosotros, los seres humanos, queriendo controlarlo todo. Así comienza el Evangelio. Los fariseos, memoristas recitadores de las más de seiscientas normas que exigía la Ley, se acercan a Jesús con una pregunta cuya respuesta ya conocían. Para ponerlo a prueba, dice el evangelista; quizás también buscando una simplificación, algo sencillo, una receta mágica que sirva para todo.

Solemos tener sentimientos encontrados para con los fariseos, pero **¿cuántas veces he interrogado a un guía espiritual, a un sacerdote, o al mismo Dios en mi oración, con una pregunta similar?**

Jesús, que es Dios; que es un Dios siempre más, nos da nuestra conocida respuesta: *“amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu ser...”*; pero además aclara, explícita la respuesta, le pone contenido concreto, es más, casi podría asegurar que hasta nos da una receta mágica aplicable a todas las circunstancias de mi vida: *“amarás a tu prójimo como a ti mismo”*.

Y lo cierto es que la respuesta completa de Jesús, no nos simplifica nada. Al contrario, lo embrolla todo. La primera parte sola, estaba muy bien; la ley quedaba reducida a mi ámbito privado, a la sola relación íntima y personal con Dios; relación de la que todas las demás personas quedan excluidas. Relación de la que seguramente terminaré excluyendo también a Dios.

Pero Jesús, que sabe que su Padre es bueno y misericordioso y que siempre está diciéndonos cuán incondicional es el amor que Él nos tiene, nos avisa que no existe la posibilidad de un “espacio sagrado” en el que podamos entendernos a solas con Dios, de espaldas a los demás. Un amor a Dios que olvida a sus hijos e hijas es una gran mentira.

Amar a Dios no es una cuestión de sentimientos, ni de devociones, ni de estado de ánimo, es sencillamente centrar la vida en Él para vivirlo todo desde su voluntad. Amar a Dios es reconocer humildemente el misterio último de la vida; orientar confiadamente la existencia toda, de acuerdo con su voluntad: *amar a Dios como Padre, que es bueno y nos quiere bien*.

Amar a Dios no es una idea, por el contrario, significa alabar la existencia desde su raíz; tomar parte en la vida con gratitud; optar siempre por lo bueno y lo bello; vivir con corazón de carne y no de piedra; resistirnos a todo lo que traiciona la voluntad de Dios negando la vida y la dignidad de sus hijos e hijas.

Por eso el amor a Dios es inseparable del amor a los hermanos. No es posible el amor real a Dios sin escuchar el sufrimiento de sus hijos e hijas. ¿Cómo podría decir que amo a Dios, si el hambre de los desnutridos o el exceso de los satisfechos no me llenara de preguntas e inquietudes?

**Pasión por Dios y compasión por la humanidad.**

¿Realmente doy el respeto que espero?

Fernando Ianchina  
Equipo Nacional Red Mundial de Oración del Papa  
Argentina - Uruguay